

las necesidades materiales, trabajo en el cual la inteligencia no entra para nada, trabajo del fango por el fango, he ahí mi infierno, mi inquietud diaria, mi aburrimiento eterno. Tu carrera es cien veces preferible; en lo que haces toma parte tu inteligencia y tu cuerpo también encuentra la satisfacción de sus necesidades. No importa, tal es, te lo repito, mi línea de conducta: nada de dejar la lira que un día puede convertirse en un manantial de honor y de provecho, y esperando este día venturoso subvenir á las necesidades de la vida por un trabajo cualquiera, no importa cuál.—Espero una próxima solución, y te juro marchar derecho, firmemente, audazmente, cuando haya podido descubrir este maldito sendero.—«Valor!» me gritas al final de tu carta, y añades que probablemente tienes más necesidades que yo. ¿Lo crees realmente? Cuando tu camino está trazado, cuando te basta marchar, siempre derecho, casi á ciegas, vienes á decirme que este camino es más pedregoso que el mío, el mío donde todo es zarzales y rocas, donde sólo el acaso me puede conducir, donde mi voluntad, mi inteligencia, mi trabajo, son los que me impiden vacilar! ¡Yo también te grito, ¡valor!!! Y te lo grito porque sé que marchando firmemente llegarás. Pero, á veces, pensando en mi porvenir, me digo: ¿A qué el valor cuando el azar es todo?—Son éstos, descorazonamientos que afortunadamente tengo: rara vez. Me hablas en seguida de un vacío que sientes en ti, de una necesidad de expansión. A veces buscas á tu alrededor algo que te falta, experimentas un malestar, una opresión y estás presto á llorar. Creerás que me chanco si te comparo, á ti, vigoroso y barbudo, con una jovencita rubia, frágil y graciosa. A pesar de todo es la única comparación posible. Hay una edad para las jovencitas en la que, el convento las oprime y las noches de estío son terribles. La música, el templo lleno de cirios y de perfumes, no son entonces más que pretextos, medios para sus corazones demasiado llenos. Esta

edad existe también para el hombre; sólo que como este último es libre, como no distrae á sus pasiones y las sacia á medida que se presentan, no se da cuenta de su rápido paso. Probablemente tú, así como la jovencita, has querido ahogar todos los amores que palpitan en ti y has creído poder remitirlos á más tarde, y he aquí que hoy existen y gritan demasiado. ¿Qué te diré y qué te aconsejaré yo que me dejo llevar por el primer soplo que pasa? Por otra parte, no te compadezco, te sientes vivir y no todos pueden decir otro tanto. Sé jovencita todavía algunos años y cree que nada es más triste en el mundo que estar estragado.

Hoy me contento con estas cuatro páginas. Escríbeme una carta—extensa se sobreentiende—antes de volver al colegio, y regularemos nuestra correspondencia.—Al mismo tiempo escribo á Cézanne.—Mis recuerdos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Chaillan te da las gracias por tu buen recuerdo y te estrecha la mano.—Todavía no he visto á Raymond.

XXII

París, 22 abril 1861.

Mi querido amigo:

Te doy las gracias por tu carta; es desesperante, pero útil y necesaria. La triste impresión que he experimentado fué en cierto modo disminuída por el conocimiento vago de los recelos que se cernían sobre mí. Yo presentía un adversario, casi un enemigo, en la familia de Pablo; nuestras diferentes maneras de ver, de comprender la vida, me advertían secretamente la escasa simpatía que debía experimentar por mí el señor Cézanne. ¿Cómo decírtelo? Cuanto me ma-

nifiestas, lo sabía yo ya, pero no me atrevía á confesármelo. Sobre todo no creo que se me pueda tachar de infamia hasta tal punto, ni que deba verse en mi fraternal amistad más que un odioso cálculo. Soy franco, debo confesar que una acusación venida de tal boca antes me ha sorprendido que entristecido. Comienzo de tal manera á habituarme á este mundo mezquino y celoso que un insulto me parece cosa corriente, indigna de producir mi irritación, sólo soy más ó menos susceptible de asombrarme según quien me lo lanza á la cara. Ordinariamente, me juzgo á mí mismo, y seguro de mi conciencia, no me importan los juicios de los demás; me he hecho toda una filosofía para evitarme mil disgustos en mis tratos con los demás. Marcho libre y valeroso; me inquietan poco los clamores que utilizo algunas veces con amor de artista para estudiar el corazón humano; es la mayor cordura, según mi opinión, tener virtud, dulzura, ser amante del bien, de la belleza y de la justicia, sin querer probarles á todos que uno es virtuoso y dulce, sin revolverse contra los que le acusen de vicio y de maldad. En el caso presente, me resulta, sin embargo, muy difícil seguir el camino que me he trazado; amigo de Pablo, quiero ser, si no amado por su familia, por lo menos estimado; si un ser indiferente con quien me he codeado y al cual no veré más, escuchase complacido calumnias sobre mí y les diese crédito, le dejaría tranquilo sin tratar siquiera de disuadirle. Pero el caso no es aquí el mismo; deseando, á pesar de todo, continuar siendo el hermano de Pablo, me encuentro obligado á tener relaciones frecuentes con su padre; es indispensable aparecer algunas veces ante los ojos de un hombre que me menosprecia y al cual no puedo pagar con la misma moneda; por otra parte, no quiero á ningún precio sembrar cizaña en esta familia; tanto porque el señor Cézanne me creará un vil intrigante como porque viendo que su hijo frecuente mi trato se irritará contra él. No pue-

do permitir que esto sea así; no debo guardar silencio. Si Pablo no consiente por él mismo abrirle los ojos á su padre, hace falta que sueñe yo en hacerlo. Mi soberbio desdén estaría aquí mal empleado; se impone no dejar ninguna duda en el espíritu del padre de mi viejo amigo. Esto será, lo repito, romper nuestra amistad ó romper toda afección entre el padre y el hijo.

Hay otro detalle que creo adivinar y que me ocultas indudablemente por cariño. Nos envuelves á los dos en la reprobación de la familia de Cézanne; y no sé lo que me dice que soy el más acusado de los dos, probablemente el único. Si es así—y no creo equivocarme,—te doy las gracias por haber tomado la mitad de este pesado fardo, y por haber querido atenuar de este modo la triste impresión de tu carta. Son mil detalles, mil reflexiones las que han hecho que se piense así de mí; ante todo mi poca fortuna, después mi profesión, casi confesada, de escritor, mi estancia en París, etc. En fin, para última razón y acabemos con ella; cuando hay una teja que debe caer, siempre cae sobre mi cabeza; cuando hay en el empedrado una piedra más saliente, aquella es contra la que voy á tropezar. Acabaré por creer en la fatalidad.

La cuestión me parece la siguiente: el señor Cézanne ha visto frustrarse los planes que formara sobre su hijo; el futuro banquero fué á convertirse en un pintor, y sintiendo alas en su dorso de águila quiere abandonar el nido. Altamente sorprendido ante tal transformación y ante este deseo de libertad, el señor Cézanne, no pudiendo creer que se prefiera la pintura á la banca y el aire del cielo á su bufete polvoriento, el señor Cézanne se ha puesto en acecho para descubrir la palabra del enemigo. No quiere comprender que esto ocurre porque Dios lo ha querido así, porque Dios, habiéndole creado banquero, creó á su hijo pintor. Pero habiendo buscado bien, ha comprendido por fin, que la cosa venía de mí, que era tal y como es hoy, que era yo el que le quitaba á la

banca su esperanza más querida. Las palabras «malas compañías» fueron sin duda pronunciadas y vé cómo, Emilio Zola, hombre de letras, se convierte en intrigante, falso amigo, y no sé qué más.—De tan triste, resulta esto ridículo. Si hay buena fe, es bestialidad; si hay cálculo, es la peor de las maldades.—Afortunadamente Pablo, habrá guardado sin duda mis cartas; podrá verse, leyéndolas, cuáles son mis consejos, y si le indiqué jamás un mal camino. Al contrario; en muchísimas ocasiones le mostré todos los inconvenientes de su viaje á París y le recomendé sobre todo guardar consideración á su padre.—A más, no tengo que hacerme justicia aquí. Si una sombra de recelo pesando sobre mi cabeza me acusase en tu espíritu, no podrías tener hacia mí la menor afección. Sólo la ligereza podría ser mi crimen, y no he tenido jamás esta ligereza. En los consejos que algunas veces dí á Pablo, siempre ponía restricciones. Viendo que su carácter se acomodaría difícilmente á una posición cualquiera, yo le hablaba de artes, de la poesía ante todo, más bien por carácter que por cálculo. Deseaba tenerle al lado mío, pero jamás, manifestándole este deseo, le he aconsejado la revuelta. En una palabra, todas mis cartas, no tuvieron otro fin que mi amistad, ni otro contenido que palabras tales como me las dictaba mi naturaleza. No puede imputárseme como crimen el efecto de estas palabras sobre la carrera de Pablo; sin quererlo he excitado su amor por las artes; no he hecho, sin duda, más que desarrollar gérmenes ya existentes, efecto que cualquier otra causa exterior hubiera podido producir. Me interrogo y contesto que no soy culpable de nada. Mi conducta fué siempre franca y exenta de toda mancha. Amo á Pablo como á un hermano, y sueño siempre con su felicidad, sin egoísmo, sin interés particular; avivando su valor cuando veo que flaquea, hablándole siempre de lo bello, de lo justo y de lo bueno, tendiendo constantemente á elevar su corazón, y hacerle un hombre ante to-

do. Tales fueron mis relaciones con él; mostraría mis cartas con orgullo y las escribiría de nuevo, si no las hubiese escrito ya. He aquí lo que quiero que sepa la gente y tú el primero, si no lo sabías ya.—Es cierto que no hablaba apenas de dinero en estas cartas; que no le indicaba tal ó cual negocio, donde se ganen sumas fabulosas; es verdad que mis cartas no le hablaban más que sencillamente de mi amistad, de mis sueños y de yo no sé qué cantidad de bellos sentimientos, monedas que no tienen curso en ningún comercio del mundo. Vé ahí, sin duda, el por qué soy un intrigante á los ojos del señor Cézanne.

Chanceo y no tengo ganas de ello. Ocurra lo que ocurra vé cuál es mi proyecto. Antes de concertarme con Pablo, cuento con ver al señor Cézanne en particular y abordar una explicación. Nada hay que temer sobre mi moderación y sobre la mesura de los términos que emplearé. Aquí puedo exhalar irónicamente mi amor propio herido; pero delante del padre de nuestro amigo, no seré más que lo que deba ser, de una lógica estrecha y de una franqueza apoyada en pruebas. Por otra parte tú mismo pareces aconsejarme esta reparación; no sé si me equivoco, pero algunas palabras vagas de tu carta, parecían rogarme hacer cesar estas calumnias por una explicación.

Te he dicho todo esto y no sé seguramente lo que haré. Espero á Cézanne y deseo verle antes de decir nada. Su padre se verá obligado tarde ó temprano á rendirme su estimación; si ignora los hechos pasados, los hechos futuros le convencerán.

Probablemente soy demasiado machacón en este asunto, confieso que lo dejo con disgusto, de tal modo estoy deseoso de mostrar mi poca culpa y el lado ridículo de estas calumnias.—Consolémonos de estas miserias hablando de la Musa.

Acabo de leer las poesías de Víctor de Laprade; obras y autor te son sin duda desconocidos. El autor es un poeta provenzal, según creo, y académico des-

de 1859; sus obras me servirán de materia para hacer esta carta.—Como todos los poetas, de Laprade tiene un ideal, sólo que el suyo es singularísimo. Adorando la naturaleza como Dios, libre de nuestras pasiones, admirado de la soberbia tranquilidad de los vegetales, desea parecéseles, enderezarse como ellos, sin inquietudes mundanales, y, como él mismo dice, tomar la vida del seno mismo de la tierra. Por otra parte, no reconociendo jamás la divisa: *Cantar por cantar*, espíritu mucho más filosófico que poético, no escribe dos líneas sin que tengan un fin moral reconocido. En fin, no se dirige más que al alma y finge olvidar que ésta está enteramente ligada al cuerpo, que el hombre no es sólo un ángel, sino que tiende también al bruto por infinitos lados.—Estas razones diluyen su poesía que no es en modo alguno viviente; amante de los árboles, seres vivientes, es verdad, inmóviles, no pone ningún movimiento en los cuadros que pinta; filósofo y siempre transportado á las nubes, nos habla mucho de los destinos del alma, de la vida futura, pero olvida la tierra, y sus versos nada nos dicen de la vida presente; en fin, no considerando nunca más que el alma, sus poesías no presentan al hombre más que como un ángel, parece ignorar nuestras pasiones, nuestros caprichos; en una palabra, no es humano. Se defiende en su prefacio; pero no ha llegado á probarme que es joven y lleno de vida. He aquí, por otra parte sus razonamientos. «Se me acusa de no ser humano, porque mi poesía no es apasionada; pero no se reflexiona que la pasión es lo que hay de menos humano en el hombre, que el bruto la comparte con nosotros y que lo que podemos reivindicar como nuestro, como humano por consecuencia, es la razón, la inteligencia, la religión.» A esto le contestaría yo: En verdad la pasión no es propia del hombre; la comparte con el bruto; pero la inteligencia y la razón son en este caso cualidades que poseemos solos y no hay entonces por encima de nuestra razón,

la inteligencia de un Dios. El hombre participa, pues, del bruto y del ángel, y justamente esta mezcla es la que constituye lo que hemos convenido en llamar elemento humano, y de la lucha eterna del alma y del cuerpo es, justamente también de donde nace la moral. Si me habla usted de un ser que marcha derecho, elevándose siempre hacia el cielo, sin ser detenido en su vuelo, es evidente que, no librando ninguna lucha, su héroe, por muy viviente que sea no tendrá ocasión de mostrarme que vive y se parecerá un poco á ese vegetal al que usted querría asemejarse. Presentarnos siempre el cielo es muy bonito; pero soy un hombre viviente ante todo y, aunque el comercio con los ángeles sea muy agradable, querría encontrar en los versos de usted alguna figura de conocimiento, que me descansa un poco de rayos celestes, uno cualquiera de mis semejantes en el que los sentimientos, las alegrías y los dolores, me interesasen y me conmoviesen. No pretendo decir que su psíquica tenga un mal fin; tender á elevar el alma hacia Dios, recordarle siempre su principio y su fin, soñar una edad de oro, me parece lo mejor; pero cuatro mil versos sobre este asunto, son, señor, muchos versos; sobre todo cuando busqué inútilmente á mi semejante en ellos, cuando no encontré allí nada de mis sensaciones cotidianas, fuera de este vago anhelo de toda criatura á su Creador. Explicar la caída del hombre, la redención y por fin el amor del alma á su Dios y servirse para esto de la fábula griega de Psiquis, no veo en ello ningún mal y se lo apruebo; pero lo que no apruebo es el tono uniforme de su poema, es esta, casi completa, ausencia de todo eco de la tierra. En *La Divina Comedia*, en *El Paraíso perdido* se nos mantiene también con mucho cielo, muchos ángeles, mucho del alma, ¡pero también del diablo! Sentimos allí á veces al hombre palpitar, sufrir, amar, aborrecer, etcétera, y palpítamos, sufrimos, amamos, aborrecemos con él; en una palabra: estos poemas son vivientes y hu-

manos, tienen también una moral elevada como la de usted, son más poéticos, y en fin, tienen un interés de que carece el suyo. ¿De dónde viene esto—yo se lo ruego—sino de que fueron escritos por hombres para hombres, mientras que el de usted no es más que el producto de un sueño que se realizará, lo creo como usted, pero en el cual el cuerpo jugará seguramente un papel mucho más importante que el que juega en su poema?

—Se puede explicar la poesía de Víctor de Laprade por dos causas, las dos históricas: viniendo un poco antes del movimiento literario de 1830; sucediendo á los románticos que habían agotado todos los sollozos, todas las pasiones, habrá querido seguir un sendero aparte, impulsado además probablemente, por su propia naturaleza. Cansado de ver tantas heroínas retorcerse los brazos, hastiado de tantos gritos y de tanto delirio, se habrá retirado á la sombra jurándose por reacción no poner el más insignificante sollozo en sus versos. La poesía se convierte entonces en un verdadero grito de guerra, apacible, es verdad, contra la escuela romántica—yo digo sólo contra los furiosos transportes de esta escuela.—Avido de paz y de silencio, cae en el extremo contrario, y, temiendo poner demasiada vida, demasiada pasión en sus poemas, no ha puesto nada de nada. Ha abandonado la tierra por el cielo y si bien divierte algunas veces á los dioses acaba á menudo por aburrir á los hombres.—Cuando leo un autor cualquiera, sobre todo á un poeta, transporto siempre su método á mi método, su ideal á mi ideal; comparo y juzgo si sigo el buen sendero. Hay pocos autores que me hayan turbado tanto como Víctor de Laprade. También tengo este pensamiento de reacción contra los románticos, también cansado de sollozos y de pasiones desordenadas, sueño con un cielo puro y pacífico: *Paolo* es un hijo de este pensamiento. Ahora creo firmemente que la escuela romántica está muerta y que hace falta absolutamente reaccio-

nar contra ella. Pero al ver el escollo opuesto que me esperaba de tener que leer versos incoloros y sin vida, me horrorizo. Sin embargo, poco á poco, he vuelto á mi calma habitual; tentado un momento á aceptar la poesía de Víctor de Laprade, la he rechazado en seguida, y satisfecho de esta lectura también he formulado mi conducta futura. Sí, hace falta reaccionar contra estos anhelos pasionales que son ridículos cuando no son sublimes; se impone dejar allá las musas del albañal, los efectos violentos, los colores chillones, los héroes cuya singularidad fisiológica hace toda la originalidad. No, no es menester lanzarse en un exceso contrario; no, no es menester una poesía que falta de vida sea únicamente escrita para los poetas y sólo tenga por resultado el amor.—Por otra parte de Laprade tiene verbo, pujanza; pero le falta esa cosa que Musset poseía en tan alto grado: el interés.

Interrumpamos este análisis demasiado rápido y demasiado indigno para exclamar: ¡¡¡He visto á Pablo!!! He visto á Pablo, ¿comprendes? ¿Comprendes toda la melodía de estas cuatro palabras?—Ha venido esta mañana, domingo, á llamarme varias veces. Yo dormía con un ojo; abrí la puerta temblando de alegría y nos abrazamos furiosamente. Después me aseguró sobre la antipatía de su padre hacia mí. Pretende que has exagerado un poco, por celo sin duda. En fin, me ha anunciado que su padre me llamaba y debo ir á verle hoy ó mañana. Luego fuimos á almorzar juntos, á fumar una multitud de pipas en una multitud de jardines públicos, y le he dejado. Mientras su padre esté aquí, sólo podremos vernos de vez en cuando; pero de aquí á un mes contamos con vivir juntos.—En otra carta te daré detalles de mi vida material. Desde mi última epístola he escrito los dos primeros cantos de *La Aérea*. Dime todavía que soy perezoso.

Escríbeme cuando puedas. Te estrechamos la mano Cézanne y yo.

Tu amigo;

EMILIO ZOLA.

Mis respetos á tus padres.

El dúo *existe*; en el mes de septiembre el trío.

Mi madre ha cambiado de domicilio. Dirígeme tus cartas en adelante, calle de Lacépède, 3.

XXIII

París, 1.º de mayo 1861.

Mi querido amigo:

Es tu silencio tan persistente, que me he visto obligado á mirar tu última carta para saber á punto fijo el número de días transcurridos. Está fechada el 13 de marzo. Vé, pues, seis largas semanas en que no has pensado en mí. Sé que tus exámenes se acercan y que debes estar abrumado de trabajo. Por eso no te acuso de olvido completo, pero sí de un poco de pereza.

He terminado hace algunos días el poema *La Aérea*. No sé bien el valor que tiene. Como siempre, me he dejado llevar por la idea primera, escribiendo por escribir, sin hacer ningún plan anticipado cuidándome poco del conjunto. Sé perfectamente que no es éste el camino de las obras maestras. Pero no importa; hago ahora sobre todo versos para vencer la forma, para adquirir la mecánica. A más, ésta es mi manera de ver; voy mucho mejor cuando marchó en libertad, tengo confianza en la inspiración del momento; al mismo tiempo he reconocido que los versos que llegan espontáneamente son muy superiores á los que medito días enteros. Lanzo, pues, mis sonrisas y mis sollozos al azar. Por otra parte, mi gran secreto es este: cuando mi obra está casi terminada la releo atentamente, peso todos los pensamientos, todos los inci-

dentos, y entonces, en una especie de desenlace basado en el comienzo de la obra, imprimo un aire de familia entre mis últimos y mis primeros versos. No es decir esto que cuando trato un asunto cualquiera, no tenga cierto plan preconcebido; pero este plan es tan vago, lo cambio tantas y tantas veces antes de la ejecución, que nada se parece menos á lo que hago que lo que quería hacer.

Quisiera poder darte una certeza sobre mi posición material. Desgraciadamente nada hay tan incierto como mi porvenir. Desde hace más de un año, me entrego á una caza feroz de empleos, pero si corro mucho, ellos corren más todavía. Dirijo solicitud tras solicitud; me he presentado á una infinidad de administraciones; por todas partes dan largas al asunto; jamás un resultado.—Es imposible que te figures cuán difícil de colocar soy. No es que imponga condiciones de hacer esto antes que aquello; al principio tenía ese orgullo, pero nada me queda hoy. La causa de todo esto es que sé hacer una multitud de cosas inútiles, ignorando precisamente aquellas que debía saber. Nada es más raro que encontrar una colocación conveniente para nosotros que salimos de los colegios. Inaptos en la práctica, cabalgando sobre palabras, cifras y líneas, ignoramos por excelencia los menudos detalles de la vida, las combinaciones, no obstante tan simples, que pueden presentarse en un medio social. Nos es indispensable un aprendizaje más ó menos largo, por consiguiente un tiempo de meritorio lleno de inquietudes y vacío de ganancias.—Esto es mucho peor cuando el encargado del colegio se me parece; cuando es más ó menos poeta y más ó menos filósofo; cuando no importa gran cosa la sociedad y la riqueza y no se reserva las caricias, la adoración más que para la libertad. Entonces la imposibilidad de colocarse toma proporciones extravagantes, las puertas adquieren firmeza, los directores se hacen más ariscos; después la voz interior se revuelve y da de puñetazos al cuerpo

de éste que tiene necesidad de trabajar para vivir.—A menudo repito la siguiente escena: Dirijo una solicitud á una administración. Se me contesta que pase á casa del jefe. Entro y encuentro á un señor vestido de negro, encorbado sobre una mesa más ó menos encumbrada; continúa escribiendo sin curarse de mi presencia más que de la de un mirlo blanco. Por fin, después de largo tiempo, levanta la cabeza, me mira de soslayo y con una voz brusca: «¿Qué quiere usted?» Le digo mi nombre, la solicitud hecha por mí, la invitación que he recibido de comparecer ante su presencia. Entonces empieza una serie de preguntas y respuestas, siempre las mismas, y que son poco más ó menos las siguientes: ¿Tengo buen carácter de letra? ¿conozco la teneduría de libros? ¿en qué administración he servido? ¿para qué soy apto? etc., etcétera, después: que está abrumado de solicitudes, que no tiene vacantes en sus oficinas, que todo está lleno y que hace falta que me resigne á buscar por otra parte.—Y yo con el corazón oprimido, desaparezco vivamente, triste por no haber podido colocarme, contento de no quedarme en aquella infame barraca. Siento estremecerse en mí todos mis buenos sentimientos, todos mis amores, todo lo que Dios me ha concedido; maldigo á la sociedad que sólo emplea del hombre las más miserables facultades; experimento un inmenso desdén hacia este papel de máquina á que iba á ser reducido, y escucho como una voz que me murmura al oído mis sueños queridos donde vibran dulcemente los nombres de Libertad, de Amor, de Paz y de Dios.—No importa, continuaré mi caza hasta obtener buenos resultados. Mi presa será de la peor especie, algún cuervo duro é indigesto; pero una necesidad imperiosa me empuja hacia adelante.—Eres mi amigo, mi hermano, y sin duda sientes inquietud por mi porvenir material. No temas; tengo un fondo de filosofía estoica, me doblegaré á todo y no seré nunca demasiado miserable.

El domingo último fui con Pablo á la exposición de pintura. Aunque ame las artes, no podré hablarte apenas de esta última manifestación de nuestros artistas. Ignoras los nombres, las diferencias de escuela que los separan, las obras precedentes, y, así, la menor crítica, no tendría interés para ti. Espera á estar en París, á apasionarte por tal ó cual maestro, y entonces podremos admirar si nuestro dios es el mismo, ó discutir si estamos en campos opuestos.—Veo á Pablo muy á menudo. Trabaja mucho y esto nos separa á veces; pero no me lamento de este género de pereza para verme. Aun no hemos hecho ninguna gira, ó mejor dicho, las que hemos hecho no merecen el honor de la pluma. Mañana, domingo, debemos ir á Neuilly á pasar el día á la orilla del Sena, nos bañaremos, beberemos, fumaremos, etc., etc. Pero he aquí que el tiempo se ensombrece, que el viento sopla, que hace frío. Adiós nuestra bella excursión; no sé cómo emplearemos el día.—Pablo va á hacer mi retrato.

Probablemente te lamentarás de la poca extensión de esta carta. Había pensado escribirte una bien larga, pero me han faltado el tiempo y el valor. Esperemos al mes de septiembre.—Para terminar como he comenzado, te acuso un poco de pereza. Escribenos lo más pronto posible, aunque no sea para otra cosa que para decirme que has recibido mis dos cartas y para darme la seguridad de tu salud.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXIV

París, 18 julio 1861.

Mi querido amigo:

Sin duda será un libro muy grande el que tenga por título: *El poeta*; y en realidad el hombre que em-